

ANDRES BELLO:
VOZ PROFETICA DE AMERICA

Dra. Esthervina Matos



PARA franquear los pórticos del tiempo, y penetrar en la arquitectura del pensamiento de un hombre ilustre, es necesario disponer de la razón como guía, y de la sensibilidad del espíritu, para aprehender los altos valores que se escapan de las profundas vibraciones de su alma.

El gran humanista Andrés Bello, de múltiples facetas diamantinas, ofrece en admirable desafío: la estructura mental del filósofo, el valor del connotado jurista, del egregio internacionalista, la autoridad del filólogo, los perfiles del historiador, y la intuición del poeta.

Parecería, que porque fuera más fecundo y original en su trayectoria jurídica, en la filológica, en la histórica; y porque se recreara como poliglota en diversas literaturas, y porque de la fronda de sus emociones, no brotaran en tono mayor los versos de amor, su profusa labor poética, no fuera digna del sacudimiento de los laureles.

Y como se irguió el prosista pareciendo velar al poeta, evoqué el sueño de José Enrique Rodó, en sus *Motivos de Proteo*, cuando al pasar Trajano por una región de Etruria, recibía el homenaje de las naciones del mundo conocido, representadas por bellísimas doncellas, que en gran desfile, le ofrendaban las riquezas de sus tierras.

A una sin embargo, le tocó representar una supuesta tierra, más allá de la Atlántida. Llevaba un traje blanco y vaporoso,

cual la levedad de la brisa que pasa rozando penachos de gramíneas.

Al detenerse la doncella, dijo el César: "Leuconoe, no te ha tocado un gran papel. Tu poca suerte quiso que la realidad concluyera en manos de las otras, y he aquí que has debido contentarte con la ficción del poeta. Admiro tu dulce conformidad y me complace tu homenaje porque eres hermosa. Pero ¿Qué bien me dirás de la región que representas, si has de evitar el engañarme? ¿Qué puedes afirmar que haya en tu tierra de quimeras?

¡Espacio; dijo con encantadora sencillez Leuconoe.
Y todos sonreían.

¡Espacio—repitió el César, ¡Es verdad! Sea desapacible o risueño, estéril o fecundo, espacio habrá en la tierra incógnita, si existe, y aún cuando ella no exista, y allí donde la finge el poeta el poeta sólo esté el mar o acaso el vacío pavoroso, ¿quién duda que en el mar o en el vacío habrá espacio? Leuconoe, tu respuesta tiene un alto sentido, tiene si se la considera, más de uno. Ella dice de la misteriosa superioridad de lo soñado sobre lo cierto y tangible, porque está en la humana condición que no hay bien mejor que la esperanza, ni cosa real que se aventaje a la dulce incertidumbre del sueño. Pero además encierra tu respuesta una hermosa consigna para nuestra voluntad, un buen estímulo a nuestro denuedo. Donde hay espacio, hay posibilidad de que Roma triunfe y se dilate, dijo el César. Arrancó de su pecho una gruesa esmeralda que allí estaba de broche y era de las que Egipto produce mejores y más puras, y prendiéndola en el seno de la niña, la dejó como un fulgor de esperanza en la estola toda blanca, mientras terminaba diciendo: sea el premio para Leuconoe.

Esa alegoría evoca la poesía triunfadora de Andrés Bello, y el espacio: los dilatados horizontes de América, bañados de luz, y esmaltados de verdura.

Y aunque su virgilianismo es acentuado en sus Eglogas, él penetró solo, por la intrincada floresta americana. La exuberancia de la zona tórrida inspiró sus *Silvas Americanas*, y con ellas logró su independencia intelectual.

En la Agricultura de la Zona Tórrida, crece su entusiasmo de naturalista cuando expres:

*¡Salve fecunda zona
Que al sol enamorado circunscribes
El vago curso, y cuanto ser se anima
En cada vario clima,
Acariciada de su luz concibes!
Tú tejes al verano su guirnalda
De granadas espigas, tú la uva
Das a la hirviente cuba.*

Y desde la intimidad de sus recuerdos, un cuadro vívido se escapa, con las tonalidades del rubí, de la esmeralda y del topacio:

*No de purpúrea flor, o roja, o gualda
A tus florestas bellas
Falta matiz alguno, y bebe en ella
Aromas mil el viento,
Y greyes van sin cuento,
Paciendo tu verdura, desde el llano
Que tiene por lindero el horizonte
Hasta el erguido monte
De inaccesible nieve siempre cano.*

Hay versos que son joyeles:

*Tú en urnas de coral cuajas la almendra
Que en espumante jícara rebosa;
Bulle carmín viviente tus nopales,
Que afrenta fuera al múrice de Tiro.*

Y elogia a la sencilla planta, que es un emporio al abrir capullos:

*Y el algodón despliega al aura leve
Las rosas de oro y el vellón de nieve.*

Fue el genial artífice de la flora:

*Y de tu añil la tinta generosa
Emula es de la lumbre del zafiro.*

Pero el mensaje profético de Bello no está en la ambrosía de los frutos, en el colorido y el fulgor de pedrerías, sino en las manos encallecidas del labrador, en el trabajo, que es el canto a la paz y a la libertad. ¿Amáis la libertad? En el campo habita, expresó. Su voz profética se extiende hacia la libertad de los pueblos hispanos, desde el instante de su emancipación:

*Ypués al fin te plugo,
Arbitro de la suerte soberano
Que suelto el cuello de extranjero yugo
Irguiese al cielo el hombre americano.*

Y a las naciones que pasaron por su mente, con las escarpaduras de sus cordilleras, y el remanso de sus frondas dijo:

*¡Oh, jóvenes naciones, que ceñidas
Alzáis sobre el atónito Occidente
De tempranos laureles la cabeza!
Honrad al campo, honrad la simple vida
Del labrador, y su frugal llaneza
Así tendrán en vos perpetuamente
La libertad morada,
Y freno la ambición, y la ley templo.*

Bello cultivó la poesía, pero es cierto, como afirma Pedro Henríquez Ureña que “su verso es más elocuente que poético, al menos para la sensibilidad de nuestros días”. Acaso el no ser muy original, restó sin duda alguna esa espontaneidad, que permite que fluya la inspiración como armoniosa y límpida cascada.

Cuando los años platearon sus sienes, se hizo más sensible a las emociones, y su afecto de padre, su amor de esposo, su

preocupación por todos, se tradujeron en su poema *La Oración por Todos*, inspirado en *La Oración por Todos*, de Víctor Hugo. Tiene su poema gran espontaneidad, y una conmovedora ternura; en las siguientes estrofas:

*Ve a rezar hija mía, y ante todo
Ruega a Dios por tu madre, por aquella
Que te dió el ser, y la mitad más bella
De tu existencia, ha vinculado en él;
Que en su seno hospedó tu joven alma,
De una llama celeste desprendida,
haciendo dos porciones de la vida
Tomó el acíbar y te dio la miel.*

*Ruega después por mí. Más que tu madre
Lo necesito yo... Sencilla, buena,
Modesta como tú, sufre la pena
Y devora en silencio su dolor.
A muchos compasión, a nadie envidia,
La ví tener en mi fortuna escasa;
Como sobre el cristal la sombra, pasa
Sobre su alma el ejemplo corruptor.*

Como una confesión sincera, como quien presente su paso hacia la eternidad expresa:

*Ve, hija mía a rezar por mí, y al cielo
Pocas palabras dirigir te baste:
¡Piedad Señor al hombre que criaste;
Eres Grandeza, eres Bondad, Perdón!
Y Dios te oirá, que cual del ara santa
Sube el humo a la cúpula eminente,
Sube del pecho cándido, inocente
Al trono del Eterno la oración.*

Filosofando sobre el peso de la vida, alentado por la fe, comprendiendo el poder de la oración que se escapa de las almas

puras, engarzó esta estrofa en su joya lírica, como una perla solitaria:

*Cuando por mí se eleva a Dios tu ruego,
Soy como el fatigado peregrino,
Que su carga a la orilla del camino
Deposita y se sienta a respirar;*

*Porque de tu plegaria el dulce canto
Alivia el peso a mi existencia amarga,
Y quita de mis hombros esta carga,
Que me agobia, de culpa y de pesar.*

Menéndez y Pelayo afirmó que el poema de Bello es más hermoso que el hermoso poema de Hugo. Afirma Pedro Henríquez Ureña, que Bello sólo utilizó las cuatro primeras partes del poema de Hugo, siguiendo un procedimiento que nos parece extraño y difícil de reconstruir: no parafrasea el poema verso por verso, ni siquiera estrofa por estrofa; compone su obra con pensamientos e imágenes tomados del francés y a menudo colocados en diferente orden, añade multitud de detalles nuevos con continuas referencias a su propia vida”.

Muchas obras, inspiradas en otras, modificadas con arte, tomando sólo su esencia, han bastado por sí solas para inmortalizar a su autor. El poema de Bello, es como esas catedrales góticas, con la esbeltez de sus columnas, con sus arcos ojivales cual manos juntas elevando preces, y el remate de sus torres con sus agujas apuntando al infinito.

No hay que restarle sin embargo, al gran lírico, un vibrar de cuerda heroica en su poema a José Joaquín Olmedo, y en la joya que titulara: A la Victoria de Bailén:

*Rompe el león soberbio la cadena
Con que atarle pensó la felonía,
Y sacude con noble bizarría
Sobre el robusto cuello la melena;*

*La espuma del furor sus labios llena,
Y a los rugidos que indignado envía,*

*El tigre tiembla en la caverna umbría,
Y todo el bosque atónito resuena.*

*El león despertó! Temblad vraidores!
Lo que vejez creísteis, fue descanso;
Las juveniles fuerzas guarda enteras.*

*Perseguid, alevosos cazadores,
A la tímida liebre, al ciervo manso;
¡No insultéis al monarca de las fieras!*

¡Sea, pues, para la poesía de Andrés Bello, que en el desfile de sus obras, representa como Leuconoe la tierra situada más allá de la Atlántida: América, la esmeralda más pura y más valiosa del pensamiento que puedan ofrendarle los pueblos libres; por el sentido humano que encierra, y por la voz profética, que en el espacio inmenso vibra todavía!